

MUJERES
BRUJAS
PODER

AQUELARRE
(THE COVEN)

LIZZIE FRY

OPRIMIDAS
PERSEGUIDAS
LUCHAREMOS

minotauro

AQUELARRE
(THE COVEN)

LIZZIE FRY

minotauro

Fry, Lizzie
Aquelarre / Lizzie Fry. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Minotauro, 2021.
472 p. ; 23 x 15 cm.

Traducción de: Simon Saito Navarro.
ISBN 978-950-547-237-6

1. Narrativa Inglesa. 2. Narrativa Fantástica. I. Saito Navarro, Simón, trad. II. Título.
CDD 823

Título original: *The Coven*

© 2020 Lizzie Fry

©Traducción de Simon Saito Navarro, 2020

Publicado por primera vez en inglés en Reino Unido en 2020 por Sphere, un sello de Little, Brown Book Group, Londres

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

www.edicionesminotauro.com

www.planetadelibros.com

Derechos reservados de esta edición

© 2021, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Minotauro®

Av. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: diciembre de 2021

3.000 ejemplares

ISBN 978-950-547-237-6

Impreso en Gráfica TXT S.A.,

Pavón 3421, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,

en el mes de noviembre de 2021

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

PRIMERA PARTE

Viernes, 6 de marzo

PRÓLOGO

Una luz verde se filtraba por debajo de la puerta.

Li se quedó parada al verla, retrocedió y la cesta de la colada que llevaba en las manos cayó al suelo. Su cerebro, incrédulo, intentó obviar la evidencia. Había rezado a la triple diosa para no tener que enfrentarse a aquello. El corazón le palpitaba en los oídos mientras la angustia se apoderaba de ella.

Por fin había llegado el día que Li había estado posponiendo.

Hasta ese momento había sido un viernes completamente normal del mes de marzo. Li estaba cambiando las sábanas de las camas y realizando la rutina habitual al acabar la semana cuando Chloe había llegado de la universidad a eso del mediodía; ya no tendría clases hasta el lunes. Como siempre, Li le había preguntado a su hija cómo le había ido el día; y, como siempre, Chloe le había hecho un desaire de esa manera tan suya. Desde que a los catorce años la pubertad irrumpió en su hija, Chloe había dejado claro que no tenía tiempo para sus padres. Con diecinueve años, a punto de cumplir los veinte, ya debería haber dejado atrás esos adolescentes juegos de poder, pero Li se daba cuenta de que la culpa no era solo de su hija.

Ahora, al ver esa luz verde que se extendía por el suelo como si fuera un charco, Li supo que toda la culpa era suya.

La invadió el miedo, y a continuación un sentimiento de culpa. Como si estuviera dentro de una pesadilla, los huesos

le pesaban como si fueran de hormigón. Vaciló delante de la puerta, incapaz de levantar un brazo para abrirla y entrar. Pestañeó para contener las lágrimas que hacían que le escocieran los ojos y sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros. Entró en el registro de llamadas; Daniel era el primero en la lista. Aparte de cuando iba puntualmente a la ciudad para hacer algún recado, la mayoría de los días Li solo veía a dos personas, Daniel y Chloe. Sin contar a la docena de seguidores en Facebook y en Twitter con los que se comunicaba a través de la red con regularidad, en la vida real tenía pocos amigos. Además trabajaba desde casa. Sus ganas de viajar y un título de una universidad británica que había obtenido hacía veinte años la habían llevado a ganarse la vida en el otro lado del mundo. Había tardado demasiado tiempo en darse cuenta de lo aislada y sola que estaba en los momentos realmente importantes.

Li por fin reunió las fuerzas necesarias para llamar a su marido.

—Hola —contestó la voz áspera de Daniel filtrada por la línea telefónica.

—Tienes que...

Saltó el buzón de voz. Daniel no había contestado la llamada. Li maldijo en mandarín y su lengua materna rechinó en sus oídos. Le temblaban tanto las manos que estuvo a punto de dejar caer el teléfono. Con dificultades, con el miedo y la irritación pugnando en su interior, volvió a marcar. Esta vez Daniel tenía que cogérselo. Tenía que hacerlo. No podía ocuparse de esto sola. Ya no. Se lo contaría todo.

Chloe no era de esa clase de chicas que beben o consumen drogas. Li nunca había tenido que preocuparse de que un día se presentara en casa embarazada. Había días en los que deseaba que fuera algo tan simple como eso. Al menos entonces se verían obligados a afrontar sus problemas como una familia y buscar una solución juntos. Pero la ira permanente de Chloe no parecía tener una causa ni un objetivo.

Li había sido testigo de los arrebatos de Chloe durante años. Cuando se producían esos episodios, Chloe chillaba de

frustración y se daba puñetazos en la cabeza como si quisiera arrancarse el cerebro; convertía sus manos en armas y se arañaba los ojos, la cara y los brazos. Li tenía que sujetarla por las manos y pegarle los brazos al cuerpo hasta que las dos caían al suelo juntas y se instalaba un silencio de estupefacción. Entonces Li dejaba a su hija con la mirada fija la pared, sin poder hablar, y Chloe se quedaba así durante al menos una hora; a veces, si el ataque había sido especialmente intenso, incluso un poco más.

Cada vez que Chloe desaparecía dentro de sí misma, Li se preguntaba si sería capaz de hacerla regresar. A pesar de que veía el miedo y la confusión en los ojos de su hija no sabía cómo ayudarla. Daniel y ella la habían llevado a psiquiatras, psicólogos y neurólogos. Habían pedido segundas e incluso terceras opiniones... hasta que se les acabó el dinero. Todos los profesionales habían sometido a Chloe a pruebas y exámenes rigurosos, y todos habían concluido que su hija estaba perfectamente sana y que sus ataques solo eran «dolores de crecimiento» o «problemas de comportamiento».

Li había recibido esos diagnósticos con alivio, pero no era porque su hija no tuviera nada. Siempre, desde que la matrona la puso sobre su pecho, había sabido que lo que le pasaba a Chloe era algo completamente diferente. Lo había notado moviéndose dentro de sus diminutos músculos, de un modo tan evidente como notaba la sangre que corría por sus venas bombeada por su corazón.

El teléfono seguía sonando y Daniel no contestaba. Li percibía cómo crecía la intensidad de la luz verde y cómo aumentaba su potencia a pesar de la puerta de madera. Los pensamientos generados por el pánico dentro de su cabeza se multiplicaban como si fueran los reflejos en una sala de los espejos. ¿Había pensado en serio que este día nunca llegaría, que podría posponerlo eternamente?

Volvió a saltar el buzón de voz. Mientras esperaba a que la grabación terminara, advirtió un zumbido estridente que procedía del interior de la habitación de Chloe. Tenía la intensidad

del motor de un avión y crecía exponencialmente cada segundo que pasaba. Lo sentía en el estómago y en los huesos.

Por fin, al otro lado de la línea sonó un breve pitido.

—... ¿Daniel? ¡Oh, Daniel, tienes que venir cuanto antes!

En un arranque de valentía nacida del fatalismo, o quizá alentada por su conexión con el buzón de voz de Daniel, Li empujó la puerta para enfrentarse con cualquier cosa que hubiera al otro lado. Se le cayó el teléfono de la mano en cuanto vio la escena que había delante de ella.

Chloe estaba sentada en la cama, con la cabeza levantada y una expresión de completa concentración en los ojos. Tenía las piernas cruzadas y las manos extendidas delante de ella, como si estuviera preparada para recibir una pelota. Una columna de luz verde ascendía en espiral de sus palmas y al chocar con el techo se expandía por él como si fuera una criatura viva. El cristal de la ventana temblaba; los libros caían de las estanterías y un vaso que había en la mesilla de noche de Chloe explotó y el agua y los fragmentos de vidrio acibillaron la pared que estaba detrás. Li sintió que una energía pura se propagaba por el suelo hacia ella y comenzaron a castañearle los dientes. Mientras observaba con horror la escena, Li de repente lo comprendió... dieciocho años tarde.

Había fracasado estrepitosamente en su misión de proteger a su hija.

—¡Chloe! ¡Chloe, mírame!

El ruido que envolvía a Chloe sofocaba la voz de Li. El aire que flotaba en la habitación parecía a punto de escindir, exactamente igual que si fuera a estallar una tormenta. A pesar de que solo había un metro y medio entre la puerta y la cama de Chloe, Li se tambaleó como si estuviera caminando con el viento en contra y su hija se hallara a kilómetros de distancia. El olor a ozono, fuerte como el cloro, le invadió la nariz y la garganta mientras hablaba; le produjo arcadas e hizo brotar lágrimas en sus ojos. Aun así, Li hizo un esfuerzo para poner un pie delante del otro. Tenía que conseguirlo. Tenía que intentar alcanzar a Chloe, no solo físicamente, también para

rescatarla del recóndito lugar dentro de ella en el que se había perdido.

Li llegó a la cama y extendió un brazo para agarrarse al hombro de Chloe.

—¡Chloe, cielo, no lo hagas! Deja que te explique...

Li interrumpió lo que estaba diciendo cuando su hija desvió la mirada del remolino de luz verde. Repugnada y atónita, Li retiró la mano del hombro de Chloe. Su hija tenía los ojos negros y brillantes, como el cuerpo de un escarabajo, de manera que la mirada que le dirigió, con los ojos desprovistos de pupilas y de esclerótica, carecía de humanidad.

—¿Qué me has hecho, madre? —espetó Chloe con los dientes apretados.

La luz verde embistió como una ola a Li.